

## LIBERTAD, IGUALDAD Y DERECHOS EN TIEMPOS DE CRISIS Y FUTUROS INCIERTOS

Gonzalo García Fernández

### *Introducción.*

*Las consecuencias de las recientes crisis: el incremento de las desigualdades, la decadencia de los derechos y el auge de los eufemismos en las libertades.*

**L**a actualidad reciente, en los últimos 20 años, se ha caracterizado por la convivencia de crisis cada vez más frecuentes y participes de nuestro día a día. La más joven de todas ellas es la crisis sanitaria del COVID19, que ha traído consigo la apertura y creación de otras crisis: económicas, tecnológicas, políticas, sociales, etc. Todo ello ha traído a colación un sinfín de interrogantes, aunque, por sobre todas ellas, se sitúan unas preguntas que demandan especial precisión. Tras la llegada de la vacuna anti-COVID, ¿nos situaremos ante la normalidad de siempre? ¿estamos ante una crisis coyuntural o estructural? Son cuestiones que en el texto de Pérez Herrero vemos de forma clara cuando nos plantea que existe una disyuntiva al respecto: si nos encontramos en un cierre de época o, por el contrario, en “una crisis más”.

Ante esta situación de incertidumbre histórica en la sociedad contemporánea, se acompañan escenarios preocupantes como la decadencia del modelo liberal ante la incapacidad de generar sociedades iguales, en libertad y con plenos derechos. Pérez Herrero nos habla de ello en su texto, y se detiene en que dichos aspectos suponen una cuestión de recorrido histórico. No estamos ante la causa, sino ante la consecuencia de un modelo político que ya viene degastándose desde hace un tiempo por su propio carácter de origen: la defensa de Estados débiles bajo gobiernos fuertes.

En el texto de Cavieres Figueroa, por su parte, se alude a tiempos pasados, de cómo estos no nos ofrecen un mejor futuro, es decir, un espejo en el que mirarnos. Cavie-

res insiste en que los problemas que vivimos en la actualidad, los que intensifican nuestra zozobra e incertidumbre ante un futuro incierto, tienen que ver, en parte, por la falta de alternativas a nuestro presente. El pasado poco o nada ofrece ante el abismo actual, donde todo parece “derrumbarse” al no hallarse futuro posible. De esta forma, tanto Cavieres como Pérez Herrero, aluden a la falta de nuevos escenarios posibles ante un presente en crisis y en constante decadencia, así como un pasado absorto de este y desgastado. Ante ello, ambos autores vuelven a coincidir en algo central: los paradigmas de igualdad, libertad y derechos han ido en declive, y no aparece un horizonte de esperanza ante tal fatídico destino, es decir: el fin de una utopía frente al no-futuro (la no-alternativa).

Pérez Herrero nos invita en su texto a surcar en imaginarios y experiencias políticas que tuvieron en el pasado su inicio, desarrollo y final. Y en dicho transcurrir, su auge y declive. De cómo el final no es precisamente el fin-final, es decir, en términos absolutos. En otras palabras, el fin como un espacio de creación de algo nuevo. Si lo entendemos de esta forma, las crisis en los procesos históricos son parte de cambios generadores de transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales a muchos y diferentes niveles. En su texto, Pérez Herrero cita lo que supuso la Revolución Francesa, pero después de la misma, ya que esta fue historizada y pensada por los historiadores en el tiempo. En su momento, nos dice Pérez Herrero, no se vio como un cambio, sino como el fin de algo: el fin de una era. A nuestro entender esto tiene que ver también con nuestra forma de entender la Historia y los propios procesos históricos. En Occidente la “contaminación” de una sola forma de entender “el pasado” (en singular) ha supuesto un solo horizonte (futuro) para un solo presente (Cuartango, 2019; Paul, 2016; Ankersmit, 2010). Al romperse esto, cual jarro de cristal, se nos ha “nublado el futuro” y ya no sabemos qué hacer ni hacia donde ir. Teniendo esta situación en cuenta, los medios de comunicación intentan dar predicciones apuradas de que todo esto es coyuntural: una crisis cuya causa es el COVID-19 y que esta no supone precisamente el fin de nada.

Tanto Pérez Herrero como Cavieres Figueroa insisten en que no se trata únicamente de la problemática del horizonte no-futuro, ni tampoco de la falta de alternativas, sino que además se trata de una cuestión global (crisis de dimensión mundial). La crisis sanitaria de 2020 ha supuesto un “empuje” para que muchos de los problemas que ya estaban, se intensificaran y, por ende, desarrollaran mayores desigualdades, libertades restringidas y un empobrecimiento de los derechos ya conquistados. Ante este enfoque, entendemos que, efectivamente, estamos ante un cambio de tiempo, de ciclo. ¿Hacia dónde? Es lo que aún no sabemos.

En la actualidad atravesamos una (gran) crisis que ha penetrado con violencia en las ya viejas crisis que nos acompañaban hasta ahora y que, de alguna forma, habíamos

naturalizado. Y la habitual receta para paliar nuestras desgracias, escaseces y precariedades había sido el consumo desenfrenado, la autoayuda, la automotivación (psicología conductista), los fármacos (que nos ayudan tanto para despertar, como para rendir en nuestra jornada laboral, así como para dormirnos), nuestra vestimenta (*ou-fits*) y un largo etc. (Hermsen, 2019). La banalidad, el hedonismo y el *tempus fugit* como estrategia de vida. Tal y como apunta en su texto Pérez Herrero, el *carpe diem* medieval habría regresado. Ante el miedo a la muerte, en un contexto “contaminado” por el pecado, el “ser” medieval deberá disfrutar cada momento. Hoy en día, ese espíritu del viejo *carpe diem* parece más patente que nunca. La sociedad actual vive el presente, en vistas de un futuro inmediato y sin pensar demasiado en el pasado, ya que este le es inútil e inservible. Ha dejado de ser, como apuntaba Cicerón hace más de dos mil años, una *magistra vitae* (Ciceron, 1995), es decir, el pasado (la Historia) como memoria y maestra para el desarrollo de nuestras vidas (presente y futuro).

### I. *La victoria del modelo (neo)liberal-democrático: la caída del muro de Berlín y el progresivo agotamiento liberal*

Tal y como apunta Eduardo Cavieres, el siglo XX, el gran referente del siglo XXI, parece ya no serlo más. Todo cambia y a una velocidad vertiginosa. Los cambios y principales momentos del ya pasado siglo hicieron transitar a las sociedades a momentos críticos que supusieron avances y retrocesos, tensiones y desahogos, en vistas de un futuro que, en mayor o menor medida, sabía hacia donde iba. El desafío de la derrota del nazismo y el fascismo en Europa, el hambre, el desastre de las guerras que asolaron Europa, colocaron al final del camino, el horizonte de la Unión Europea. En otras palabras, un proyecto político ilusionante y repleto de desafíos. En América Latina también se vieron ejemplos, como fueron los modelos ISI (Industrialización por Sustitución de Importaciones) en post de superar las dependencias económicas del pasado (economías hacia afuera) para alcanzar una madurez política realmente independiente. Se sabía hacia donde se quería ir. De igual manera sucedió con las dictaduras que asolaron la región sudamericana durante los últimos cuarenta años del siglo XX (Chile, Uruguay, Argentina, etc.). En este caso el camino a seguir fue la recuperación de las democracias. Nuevamente, había un horizonte, una “zanahoria” la cual conseguir.

Ante la ausencia de futuro, la gran pregunta que plantea Pérez Herrero es “¿Es un problema de Occidente, o de todo el planeta?”, es decir, ¿Qué alcance y repercusión tendrá la actual crisis ante el peligro de un no-futuro? En el pasado, nos dice Cavieres, a pesar de las fuertes dificultades y conflictos, existía futuro, un motivo por el que luchar e, incluso, por el que morir. Así pues, dada la situación actual (el no-futuro), la atomización social se ha desatado, así como el carácter individualista para abordar y pensar problemas que son inexorablemente colectivos (trabajo, sanidad, educación, etc.).

En un siglo XXI donde el desafío muchas veces es “más democracia”, “más derechos”, “más libertades” o “más igualdad”, realmente la cuestión es reforzar algo que se entiende que está bien y que, por lo tanto, no necesita de una gran transformación, sino más bien de retoques y pequeñas reformas. El camino está trazado, al igual que su futuro, sea cual sea su carácter. Pero lo que no sabían muchos gobiernos en los últimos diez años hasta la actualidad, tal y como apunta Pérez Herrero, son los cada vez más numerosos y masivos alzamientos de rebelión en todo el mundo. Se reclama “el futuro prometido”: los derechos, las libertades, las igualdades a que se habían comprometido muchos Estados y entidades supranacionales, de cara a la mejora de vida en dignidad de las sociedades contemporáneas en una perspectiva, ahora sí, global. Al no cumplirse estas promesas, las rebeliones fueron creciendo transversalmente y extendiéndose por todo el mundo. El lema era y sigue siendo muy claro: exigen una vida mejor y más justa. Pero una vida mejor no es únicamente “salir de la pobreza”, sino además participar en un sistema que, de una manera u otra, les ha expulsado y marginado. Sociedades que han sido relegadas al ostracismo no solo político, sino también al social y económico.

El COVID-19 ha sido ejemplo de esto último que apuntábamos. Ha visibilizado lo que antes veíamos, pero ignorábamos y, en consecuencia, normalizamos. Entonces, se ha demostrado, una vez más, que los “viejos problemas” son problemas del presente y que estos afectan a las mayorías en su conjunto. Sea de una u otra manera, el reclamo social se hace con un espejo en la mano, un retrovisor que nos impide proyectar nuevas formas de vivir en dignidad. Muchos se sienten estafados, indignados y desolados ante un sistema gobernado por y para unos pocos. Pero, por encima de ello, estará el lograr incomodar a dicho sistema para que los atienda en algún momento. No se trataría, a nuestro entender, de una crítica en profundidad, por ejemplo, al capitalismo o hacia las democracias representativas. Sí que ha habido indicios muy claros de críticas directas hacia el neoliberalismo (modelo, no sistema), y ejemplo de ello es Chile y su particular “estallido social” de 2019 (Heiss, 2020). Ante la “muerte” de las ideologías alternativas al liberalismo y al capitalismo, solo queda la búsqueda por modelos que se adecuen a estos movimientos que reclaman más derechos, libertades e igualdades.

Como señala Eduardo Cavieres en su texto, un punto de inflexión para entender, en parte, el carácter de las actuales crisis y rebeliones sociales fue el final del siglo XX. Este acaba con un “fin de ciclo” que supone una apertura hacia un futuro unilineal y desprovisto de las amenazas de antaño (comunismos, socialismos, anarquismos, guerras civiles, mundiales, etc.). El camino (la alternativa; el siglo XXI) queda, entonces, “despejado” y abierto a mejoramientos y reformas en el mismo. El progreso y la modernidad, por fin, no tendrían limitación posible. Ante el estrepitoso y patente

fracaso de dicho camino como vía para transitar de sociedades desiguales a sociedades más igualitarias, el colapso del COVID-19 supuso “la gota que colmó el vaso”.

En su texto, Cavieres Figueroa también nos dice: “no se valorizan las buenas experiencias del pasado (...) lo pensado y soñado en esos momentos simplemente se desvanece eliminando todo futuro posible que se acerque a un mundo mejor”. Este punto lo consideramos clave, ya que tiene que ver con nuestra forma de entender nuestro pasado, como apuntábamos “en páginas anteriores, pero también de cómo esas experiencias, de alguna manera, no han contactado con los viejos y nuevos problemas y desafíos del presente. ¿Es un problema de la forma en que entendemos del pasado o de lo que se nos transfiere exclusivamente de él? ¿O será un problema de que estas experiencias de nada o poco sirven para la actualidad? En este sentido diremos que las experiencias pasadas no son ni buenas ni malas, sino que dependerán de cómo y quiénes nos las cuenten y expliquen; y si estas son consideradas colectivamente como “buenas” deberían tener el suficiente *quorum* para ser llevadas a cabo en un nuevo código (presente-futuro). Lo que hemos presenciado es que ha existido una desconexión con “el pasado”. Y de considerarse bueno o malo, este nos es más ajeno que propio y, por lo tanto, más inútil que útil. Las “nuevas generaciones” observan el pasado con cierta precaución, desconfianza y lejanía. Y de mirarlo de cerca, lo entienden como un objeto y de forma perene (García Fernández, 2019). Como excusa para reclamar algo, y nunca para imaginar algo, por ejemplo, verdaderamente transformador o “peligroso” para el vigente sistema.

Así mismo, y como se comentaba previamente, los futuros posibles parecen haberse quedado enquistados o “reprimidos” ante un no-diálogo con aquellas experiencias del pasado. Quizás por un diálogo único y no plural, que es lo que efectivamente se reclama hoy en día; un diálogo que sea necesariamente poliédrico (complejo; diverso) y polifónico (muchas voces). La vía o batalla por el futuro (en singular) parece haberse esfumado, sobre todo por la desilusión ante un modelo cuyo valor prospectivo no se corresponde con lo prometido. En este sentido, y tal como apunta Cavieres, podemos hablar de la Unión Europea y su reciente y cada vez más extenso escepticismo (euroescepticismo), afincado en viejos populismos y nacionalismos que parecen haber captado la atención de las mayorías sociales ante el fracaso de la propuesta política del siglo XXI (post muro de Berlín; post URSS).

Igualmente, el debate de más o menos Estado, de mayor intervención de este en post de la defensa de los Derechos Humanos o no, no tiene el “empuje” de antes; la potencia y la coherencia en vistas de un futuro más o menos claro. Parece haberse quedado como algo exclusivo de un solo sector de la población: la clase política. Cavieres Figueroa insiste en ello, y entendemos que son parte del debate actual, pero ligado a un sector mínimo de la sociedad. O, en todo caso, impuesto como una dualidad en

el sistema, para que coexistan polos dialécticos, al menos en apariencia, y que estos logren permitir la supervivencia del actual espacio político (del poder).

Ante la claridad prospectiva de los años noventa en adelante, de la decadencia de un modelo (socialismo; comunismo) frente a otro (liberalismo democrático), el progreso parecía hacerse con el futuro temprano, pero también con el de largo plazo. Es decir, quedaban “cosas por hacer”, “temas pendientes”, tales como la conquista de derechos (recuperación de derechos perdidos y aparición de otros nuevos), de ciertas libertades (momentos post dictaduras; transiciones a la democracia; movilización social y reformismo político) y, como no, de desafíos en el marco de una sociedad más igualitaria y justa (pobrezas; accesibilidad a servicios básicos; revisión/actualización del sistema judicial y de las constituciones). Ante dicho marco de progreso por conseguir más derechos, mayores libertades y una sociedad menos desigual y más justa, el siglo XXI ha supuesto una época de contradicciones permanente.

Los paradigmas de igualdad comenzaron a estancarse e, incluso, a retroceder en ciertos casos, haciendo que muchos jóvenes *millennials* añoraran el pasado relatado por sus padres que, según sus hijos, ofrecía mayores certidumbres y seguridades. La desigualdad del siglo XXI comenzó a traducirse en un problema de trabajo; de precarización paulatina del mismo, así como de un marco laboral limitado a las necesidades del libre mercado. Paralelamente a ello, las libertades se veían y se ven en la actualidad amenazadas por el propio progreso que aseguraba un futuro mejor. Sociedades de la vigilancia y el control de la expresión social, propias de una distopía de Orwell, parecen amenazarán el presente y el futuro a un nivel mundial. La promesa de la globalización, a su vez, se tornó puramente económica, generando y extendiendo aún más las desigualdades. Cavieres Figueroa pone el acento en ello, situando un presente donde el COVID19 figura haberse apoderado de nuestro presente y futuro, pero también de nuestro “compromiso” con las experiencias *a priori* efectivas y consensuadas del pasado, como lo es, por ejemplo, el propio y vigente régimen democrático. De esta forma, surgen incógnitas sin respuesta y zozobra sobre los consensos del pasado en el presente, así como una urgencia por cambiar hacia alternativas existentes que sí puedan ser efectivas en la actualidad (nacionalismos, autoritarismos, etc.).

## II. *La utopía liberal en el siglo XXI y sus limitaciones decimonónicas: ¿Su decadencia o final supondría un nuevo comienzo para una parte importante de la humanidad?*

En el texto de Pérez Herrero vemos precisamente algo similar a lo planteado en este epígrafe: ¿Cómo esbozar un futuro con conceptos del pasado que, de alguna ma-

nera, ya no sirven para entender el presente? Y más aún, ¿cómo ilusionar a una población que se siente desafecta con el sistema y atrapada en un presente tautológico de hedonismo de consumo e individualismo social? Preguntas que abren, a su vez, nuevas (sub)interrogantes y propuestas de debate en un mundo donde todo parecía que estaba “en orden”. En dicho “orden” aún se sitúan los paradigmas de libertad, igualdad y solidaridad que, como hemos visto antes, en la actualidad se encuentran en el foco del debate y en crisis.

Ahora bien, la libertad, la igualdad y la solidaridad (fraternidad) no siempre estuvieron en el punto crítico en el que se encuentran hoy en día, sin futuro y en pleno retroceso. Pérez Herrero nos explica cómo estos conceptos tuvieron su razón de ser a partir de finales del siglo XVIII en los nacientes Estados Unidos de América y la Francia revolucionaria. De cómo estas conceptualidades se convirtieron en ideales y en auténticos estandartes para el porvenir de una sociedad inequívocamente mejor que la anterior. Se establece un fin de un mundo, el de la diferencia y la desigualdad, por el de la igualdad en libertad. O por lo menos eso es lo que se decía.

En el orden que nos ofrece Pedro Pérez, la libertad fue el adalid de los oprimidos; de los esclavos ante sus amos; de los siervos ante la nobleza. Desde finales del siglo XVIII hasta el siglo XIX, la libertad era un fin en sí mismo a conquistar en una sociedad de estamentos y de privilegios. Pero, como explica Pérez Herrero en su texto, existió y existe aún una diferencia en lo propugnado entonces: la lucha por conseguir una libertad política y económica (comercial), pero no así una libertad social. En este sentido entendemos que la libertad se liga necesariamente al ser, al individuo. Pero vemos que la libertad, en la más reciente actualidad, es susceptible de ser comprada y que, por lo tanto, es más libre el rico que el pobre. El rico puede permitirse comprar y acceder a mayor cantidad de libertades dado su capital y posición en el mundo (los antiguos nobles y monarcas), mientras que los pobres deben limitar su libertad a su condición socioeconómica (Stiglitz, 2015; Piketty, 2015; Vela, 2018). De esta manera el pobre es arrojado a un mundo de libertad que se somete al universo del dinero.

Pérez Herrero argumenta también que el relato construido sobre la libertad ha sido edulcorado por los historiadores ya que, de alguna manera, no hemos entendido bien el concepto situado correctamente en su praxis correspondiente. No es lo mismo la libertad en desigualdad, que en igualdad. Entonces, se puede ser libre también para cuestiones negativas, como “libre para ser pobre”, “libre para morir”, “libre para temer”, etc. En la actualidad, con la emergencia sanitaria del COVID-19 lo vemos claramente con las pruebas PCR y serológicos; de cómo estos se venden al público en el ámbito privado y solo los que disponen del dinero necesario pueden permitirse tener mayor libertad individual por sobre el resto. Entonces, la utopía liberal, sección libertad, ha sido mal interpretada y, por consecuencia, limitada en una sociedad cada vez más desigual.

De todos los tipos de libertad, el de expresión sin duda es uno de los más populares y polémicos. El crecimiento de los procesos de digitalización, consumo de nuevas tecnologías y la masificación de la comunicación por internet (redes sociales), han creado un espejismo al respecto de lo que significa nuestra libertad. Por lo tanto, sería una evidencia que las formas de expresión han cambiado, situación que no necesariamente va ligada a nuestra libertad para expresarnos. Y también muchas empresas, partidos políticos e individuos se han aprovechado de estas nuevas formas de expresión, así como de la nueva “libertad” que supone ello. Pérez Herrero es consciente de ello en su texto, por lo que alude a la famosa práctica “periodística” *fake news*. Las noticias falsas y el riesgo de “decir lo que queremos” sin responsabilizarnos de ello puede ser, efectivamente, problemático. Y si todo eso le sumamos el Big Data y la robotización que está implicando estas nuevas formas de comunicación y expresión, parece que lo “humano” se va quedando cada vez más atrás.

Pérez Herrero también señala de cómo el poder se ha apropiado de estas nuevas herramientas; y con cierta facilidad añadiremos que es muy extraño ver a un político sin su correspondiente equipo de *community manager*. Toda esta nueva situación ha supuesto el reemplazo del historiador, de su capacidad de construir relatos útiles para el poder, por sustitución de la noticia *fake* en post de la construcción de una realidad alternativa favorable al que la propaga: son tiempos de posverdad. La posverdad no solo se ha limitado a decir falsedades o medias verdades, sino que ha tenido la capacidad de construir “verdades alternativas”, relatos que conectan de mejor manera que, por ejemplo, un libro de Historia (Hermsen, 2019). Y cuando decimos mejor es en todos los sentidos: más rápido (nuevas tecnologías), efectivo (multiplataforma) y específico (relatos cortos y claros). En su día los historiadores servimos para construir “verdades” y certezas sobre el presente y el pasado para motivar un futuro. Hoy en día el Big Data, internet y las nuevas tecnologías han ganado terreno frente al viejo y tradicional manual de Historia, pero también frente a la propia profesión del historiador, por lo que ya no somos útiles como antaño.

Como mencionábamos, la libertad no puede ser entendida sin la igualdad. Si se entienden por separado, la libertad puede ser entendida desde la desigualdad y viceversa. Pérez Herrero es contundente al respecto. En su texto apreciamos cómo en la teoría (utopía) liberal la igualdad era el gran ideal para dejar atrás las sociedades estamentales y de privilegios. Es decir, colocar al individuo en la centralidad de la ley (constituciones). El nacimiento, según el liberalismo, ya no significaría nada. La sangre no sería el conducto por el cual se definiría el destino de las gentes (Rosenblatt, 2020). El igualitarismo liberal partirá de la idea revolucionaria de que “todos somos iguales ante la ley”. El gran problema de todo esto fueron dos cuestiones fundamentalmente: 1) fue pensando y puesto en práctica de abajo hacia arriba; y 2)

la soberanía (el poder) quedó restringido en unos solos pocos “privilegiados”. Es una absoluta incoherencia si lo pensamos desde la pura teoría o pensamiento liberal. No por nada al siglo XIX se le denominó como “oligárquico”, es decir, el poder de unos pocos por sobre muchos (Pérez Herrero, 2016).

Pero ¿dónde está el problema en la actualidad? ¿La igualdad ha dejado de ilusionar a la gente o es que no ha habido voluntad política para ponerlo en práctica? Lo cierto es que existen ejemplos en el siglo XX de empoderamiento social y popular; de revitalización de los Estados en post de un mejor bienestar para las mayorías sociales. Evidentemente, parte de estos proyectos parten de voluntad política, pero también del financiamiento y, fundamentalmente, de los impuestos (fiscalidad). En la actualidad este último punto, para ciertos sectores políticos, es sinónimo de autoritarismo y/o comunismo. Es ahí donde se enarbola la bandera de la “libertad”: libertad para no pagar impuestos. Entonces, ¿de dónde sale el dinero para el financiamiento de lo común, de lo público? ¿Por qué una sola parte de la población (minorías enriquecidas) debe tener libertad para evitar o pagar pocos impuestos frene a la otra parte (mayorías empobrecidas y endeudadas)? Lo que sugiere y nos dice el texto de Pérez Herrero es precisamente cómo los Estados han evolucionado por vías no liberales. El siglo XXI ha sido ejemplo de retrocesos e incoherencias con el proyecto liberal de antaño. La libertad se ha descontextualizado, y la igualdad solo es privilegio de unos pocos frente a unos muchos que deben trabajar sin saber si estos llegarán, o no, a finales o mitades de mes.

Entonces, *igualdad, libertad y ¿solidaridad?* El trilema liberal parece haberse resquebrajado visiblemente en plena era pandémica. ¿Somos más solidarios en el siglo XXI? ¿Se lucha por conseguir más y mejores derechos para las personas en pos de un bien común y en prospectiva? Todo apunta a que no es así. En la actualidad vemos precisamente todo lo contrario. La sociedad se ha atomizado más que nunca y, paralelamente a ello, hemos visto cómo han despertado viejas y nuevas identidades y sensibilidades. Cada una de ellas exige sus derechos y particularismos y, en parte, reclaman ser distintos jurídica y culturalmente al resto. Ya no hablamos del entendimiento de los otros, del consenso ni del bien común (igualdad), sino del bien de corpúsculos sociales, culturales e identitarios en una batalla por conseguir su propio feudo jurídico-legal.

La solidaridad decimonónica nace del espíritu revolucionario liberal en los albores del nacimiento de los Estados-nación. La solidaridad, en parte, sujetaba su “razón de ser” en el sujeto nación. Cada nación era solidaria en función de sus necesidades y utilidades, un criterio esencialista fundamentado en la construcción de sociedades social y culturalmente homogéneas (Partha, 2008). En la actualidad, en el marco de la globalización, esto parecía ya no tener sentido. No podremos estar más equivoca-

dos. Los nacionalismos (re)surgen y con fuerza. Vuelven para rescatar a las mayorías sociales desafectadas y desenganchadas de “la política” tal y como la entendemos hoy en día. Entonces, coincidimos con Pérez Herrero en la idea de que la (nueva) solidaridad debe ser entendida colectivamente en el marco de globalización, pero sin perder de vista nuestra diversidad. Es decir, partir de la idea inicial de que somos distintos y heterogéneos. Es en esa diferencia donde debemos entendernos y convivir. Solidaridad, entonces, es una cuestión social, económica, política y cultural. El problema es que nuestros políticos no lo ven así, por lo que “el debate político” se ha desvirtuado en populismos y tacticismos de partido (porcentajes de intención de voto; mayorías parlamentarias; estrategias de polarización social, etc.).

Tal y como lo hemos mencionado a propósito de Eduardo Cavieres y su idea de las experiencias pasadas y de cómo estas nos ayudan en el presente, parece que los liberales no llegaron a reconocer nunca esta situación con respecto al “Antiguo Régimen”. De esta forma, Pérez Herrero subraya el hecho de que el liberalismo nunca supo situar la igualdad en la diversidad existente, una problemática que se enquistó y que, hoy en día, vemos cómo ha emergido de forma exaltada y atomizada.

Finalmente, el paradigma liberal de derechos, igualdades y libertades como futuro se ha tornado en un no-futuro en nuestra actualidad pandémica y en constante crisis (Han, 2020). Y ante ello la política vigente y tradicional no ha sabido cómo estimular social y políticamente la utopía liberal que, en la actualidad, vemos desgastada y con claros signos de agotamiento y desafección por parte de una gran mayoría social. En todo caso, todo apuntaría a que la gente, la sociedad, la ciudadanía está vulnerable al “mejor postor”. Es ahí donde entran en juego las posverdades, nacionalismos y populismos, cuyo objeto no es otro que postergar ciertos privilegios, redes clientelares y dinámicas político-económicas. Volver o (re)visitar el pasado en este caso no es para proyectar un futuro colectivo y en ilusión, sino para manipular el voto (democracia “limitada”) y restringir el poder en unos pocos. Por esta razón, el siglo XXI, en el año 2020-2021, está expuesto constantemente a una visión de análisis cortoplacista, de trimestre en trimestre (economicista), sin futuro social, de hedonismo de consumo e individualismo descarnado. ¿Puede que este no-futuro provoque un nuevo futuro? ¿Es el fracaso de una utopía el comienzo de otra nueva? ¿Otro futuro es posible?

### *Comentarios finales*

Tras las lecturas de ambos textos nos queda reconocer que nos surgen más interrogantes que certezas. Incógnitas que nos hacen reflexionar sobre el carácter de nuestro tiempo presente, la utilidad y nuestra relación con el pasado, así como de la

importancia del futuro. Las certezas son pocas, pero muy claras: sin una perspectiva de futuro el presente se torna oscuro; cada vez más incierto e impredecible, donde el pasado, tal y como lo entendemos, ya no nos sirve para adelantarnos a los problemas en la actualidad. Los historiadores, en un ejercicio de tautología academicista y endogámica, nos hemos quedado viejos y, por ende, sin trabajo.

### *Las incapacidades del pasado frente al no-futuro*

Ambos autores exponen sus preocupaciones sobre el presente y el futuro, así como del pasado como instrumento para motivarlos y estimularlos. Por un lado, Cavieres Figueroa pone el foco en nuestra dejadez con el pasado; de cómo lo hemos desenchufado del presente. Esta situación, entiende Cavieres, conlleva varias complicaciones, sobre todo en el ámbito político: populismos, desinformación, infoxicación, desigualdades, pobreza, etc. Es decir, de cómo “el poder”, en parte empobrecido (de ideas) y corrupto (en sus dinámicas), ya solo se interesa por sí mismo. Cavieres nos da a entender cómo los partidos políticos se han encerrado en velar únicamente por sus propios intereses de partido, llegando incluso a desconectar el valor del voto o sufragio de la gente, de “la calle”. Ante ello, Cavieres, con cierta resignación, entiende que la única alternativa es derrotar estas dinámicas populistas en las urnas, bajo el sistema democrático. Pero, en última instancia, “la solución está en la política”, afirma Cavieres. Quizás el cambio esté en entenderla de otra manera. Hemos presenciado cómo las urnas no siempre solucionan los problemas. Hacen falta ideas nuevas, que cambien nuestro horizonte político. Revitalizar la política, pero epistemológica y socialmente. Su entendimiento, su conocimiento, así como su instrumentalización deberían cambiar de rumbo. Los partidos políticos no parecen escuchar a las sociedades, ya que tienen intereses propios. Hoy más que nunca el concepto liberal de “soberanía”, hoy en día restringido a los partidos políticos, debe alzarse por encima del resto, ya que las personas comunes y corrientes, las que viven “el día a día” no entienden que puedan “hacer algo” por cambiar el rumbo en sus vidas. En otras palabras, “la política” no como un instrumento de cambio social para la mejora de la vida de la gente, sino como medio de participación para la supervivencia del sistema vigente, es decir, de las desigualdades y sus carencias. No existe urna que cambie esto ya que, a nuestro entender, se trata de una situación que debe cambiarse fuera de las mismas, del propio sistema, sea para revitalizarlo o cambiarlo para construir algo más justo y acorde con la vida de la gente (y del planeta).

Quizás uno de nuestros grandes problemas, a la hora de percibir la realidad, sea el temor al final. El final como el caos y, en terminología bíblica, apocalipsis. El fin de algo puede ser “democrático” y consensuado. El problema en este punto es que en el pasado “político” (del poder) no existen muchas experiencias al respecto. Quizás

sea esta una de las razones por las cuales la sociedad contemporánea no ve otra salida que votar mecánica e inconscientemente cada cuatro o seis años en las urnas. Es una tradición, pero no una práctica transformadora o de mejora. Se ha vuelto un ritual, un hábito más en nuestras vidas. Incluso, a pesar de que existan países donde los índices de voto estén por debajo del 50%, esto no indica casi nunca una “alarma social”. Todo continúa y avanza hacia una rutina que pareciera interminable e inmutable.

Por otro lado, Pérez Herrero argumenta que necesitamos urgentemente nuevas ideas. Un nuevo futuro, ya que las utopías de tiempos pasados ya no sirven. Sea por su ineficacia o desactualización con los cambios recientes, ya no son capaces de generar ilusión por el futuro. En un mundo de la diferencia y la diversidad, argumenta Pérez Herrero, las homogeneidades ya no tienen cabida, y los pilares de la utopía liberal (igualdad, libertad y solidaridad) “deben ser resemantizados para poder entender en profundidad la situación en la que nos encontramos”. También insiste en la idea de que el final de algo no supone el fin-final, tampoco el caos ni la destrucción de la humanidad, sino que supone cambio. Un cambio, entendemos, que tenemos que saber gestionar colectivamente. Desde nuestra óptica, el gran problema de las utopías y los “finales” ha sido su gestión del poder de los cambios presentes y futuros. Dinámicas de arriba hacia abajo. Se trata de utopías de las elites, del poder para el propio poder.

La igualdad, la libertad y la solidaridad (fraternidad) fueron pensadas desde grupos de poder que, en mayor o menor medida, ansiaban una transformación a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Un cambio para reemplazar al poder vigente y sus dinámicas político-sociales (monarquías absolutas, sociedades estamentales y de privilegio consanguíneo). El capitalismo y el liberalismo, en una alianza estratégica, potencian el proyecto decimonónico de nuevas estructuras de poder denominados Estados-nación republicanos. El modelo de la República emerge y se desarrolla para defender, supuestamente, los intereses de una ciudadanía que, aparentemente, constituye una mayoría: el pueblo. Tal y como comentan ambos autores, parte de nuestro problema ha estado ahí, en entender de forma incorrecta el concepto “pueblo”, que ha sido ensalzado y mitificado tradicionalmente en los relatos historiográficos. Si nos hubiéramos percatado de que el pueblo “nos somos todos”, sino “unos pocos”, quizás hubiéramos cambiado de rumbo. Quién sabe. En un ejercicio ucrónico, todo es posible.

Aunque dicha crítica ya se hizo, con sus particularidades, desde los marxismos y anarquismos, en la actualidad se encuentran desarticulados; en condición de “vencidos” por las democracias liberal-republicanas. Viven desde el ostracismo ideológico y, muchas veces, anclados en la ortodoxia más estricta. Al no existir modelo alternativo al vigente, pues, no existe una plataforma de pensamiento alternativo. Mientras

que la mayoría de los marxismos se han resituado en el sistema (partidos políticos) o encerrado en sí mismos (ortodoxia), los anarquismos han sido sinónimo de caos (solo debemos buscar la definición de anarquía en cualquier diccionario) cuando realmente es todo lo contrario. Los anarquismos han perdido su conexión con la sociedad (mutualismos, asambleísmo, etc.) y solo quedan pequeñas muestras de lo que fue en el siglo XX. A pesar de que el anarquismo pueda ser un espacio de pensamiento muy útil para diagnosticar los problemas políticos y sociales de la actualidad, ya que nos permite pensar más allá del Estado con mayor libertad, tiene un gran problema con su imagen y fama (impopularidad).

### *La educación como motor de imaginación popular y utópica*

Pensar en educación es sinónimo de pensar en la sociedad que queremos construir en el futuro. Nos obliga a ello. Lo que presenciamos en la actualidad sobre el debate educativo son debates sobre su accesibilidad, financiamiento y entendimiento de la diversidad. En estas conclusiones no argumentaremos en contra de estos puntos, pero sí de las ausencias que entendemos fundamentales para lograr pensar una sociedad en el futuro. En un mundo en constante crisis, ante el desafío del no-futuro, una nueva educación se hace altamente necesaria. ¿Qué ciudadanía y para qué sociedad? ¿Para qué se están formando los estudiantes en las escuelas e institutos secundarios? ¿Para qué tipo de sociedad se les está preparando? De no existir futuro, estas incógnitas se tornan primordiales.

Entendemos que una educación para tiempos de no-futuro requiere de un nuevo perfil ciudadano (del siglo XXI). Dicho ciudadano debería ser aquel que logre pensar críticamente y con rigor las crisis y los problemas del presente y del pasado, y no únicamente escuchar e informarse pasivamente de lo que se piensa de estas (Feyerabend, 1986; Ayala Ardila, 2020). Este nuevo ciudadano deberá tener la suficiente interdependencia para lograr elaborar argumentos propios, críticos y contruidos en base a criterios lógicos y sólidos (García Fernández, 2019). Este perfil de ciudadano no se entiende, entonces, como un individuo erudito arrojado en la nada, sino como un individuo que debe entenderse integralmente para la resolución de problemas concretos que son necesariamente de alcance colectivo, es decir, pensar solidariamente las crisis globales que cada vez son más frecuentes y están más presentes en nuestras vidas.

Un nuevo comienzo necesita de un nuevo espíritu revolucionario que entienda, en libertad, nuestra diversidad en igualdad de condiciones. En el siglo XIX las revoluciones fueron pensadas y ejecutadas de arriba hacia abajo. Como comentábamos en páginas anteriores, puede que se requiera un cambio en la ecuación, es decir, de

abajo hacia arriba, ya que al final la pregunta siempre parece ser la misma, ¿Quién piensa la revolución? ¿Por qué la educación no puede ser esa llave que nos ofrezca a las mayorías pensar en libertad para imaginar y discutir nuevos escenarios de debate y construcción política?

Finalmente, todo se resume a una idea fundamental: el problema no es la post-presencialidad, ni tampoco las habilidades del siglo XXI y ni tan siquiera los debates sobre más democracia. Entonces, se trataría de dejar atrás un proyecto de sociedad caduco e incompatible con un desarrollo social en diversidad, libertad e igualdad para ejercer dicha libertad. ¿Pero cómo nos daremos cuenta de nuestras desigualdades estructurales si tan siquiera sabemos pensar las coyunturales? Quizás un futuro posible pase por una nueva educación axiológica y pedagógicamente preocupada por fomentar una generación de espíritu revolucionario, crítico y de ilusión por el cambio. Y las revoluciones, al igual que todas, como lo fue la francesa de finales del siglo XVIII en Europa, o las del siglo XIX latinoamericanas, persigan una sociedad mejor. Y para ello es necesario tener la capacidad y la libertad para pensar esa sociedad mejor.

Sin una pedagogía que fomente el pensamiento crítico y en libertad, los borradores de sociedades ideales no aparecerán. Sin sociedad ideal, sin utopías colectivas, no hay futuro posible más que el que ofrece el actual devenir social, atrapado en el presente e incapaz de generar ilusión por el futuro. Debemos despertar intelectualmente a las nuevas generaciones para que puedan pensar en qué mundo queremos vivir y para qué. Aprovechando experiencias del pasado, la educación puede sernos muy útil para proyectarnos como sociedades, en nuestra diferencia y diversidad, hacia un futuro en libertad e igualdad?

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CICERON M. T. (1996). *Acerca del orador. Libros II y III*. UNAM: Ciudad de México.
- ANKERSMIT F. (2010). Truth in History and Literature. *Narrative*, 18(1), 29-50.
- AYALA Ardila, R. (2020). ¿Educación? ¡Por Dios! Arendt, Heidegger y la verdad. O de por qué la crisis no desvela a nadie. *GeoGraphos*, 11(124), 56-75.
- CUARTANGO R. (2019). *Posthistoria y transhumanidad*. Madrid: Abada.
- FEYERABEND P. (2007). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos.
- HAN B-C. (2020). *Caras de la muerte: investigaciones filosóficas sobre la muerte*. Barcelona: Herder.
- HEISS C. (2020). Chile: entre el estallido social y la pandemia. *Análisis Carolina*, (18), 1-14.
- HERMSEN J. J. (2019). *La melancolía en tiempos de incertidumbre*. Madrid: Siruela.
- PARTHA C. (2008). *La nación en tiempo heterogéneo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- PAUL H. (2016). *La llamada del pasado*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- PEREZ HERRERO Pedro (2016). Estados, naciones e historias a comienzos del siglo XXI. En De la Fuente, J. R. y Pérez Herrero, P. (eds.), *El reconocimiento de las diferencias (Estado, naciones e identidades en la globalización)* (pp. 165-198). Madrid: Marcial Pons.
- PIKKETY T. (2015). *El capital del siglo XXI*. Barcelona: RBA.
- ROSENBLATT H. (2020). *La historia olvidada del liberalismo*. Madrid: Crítica.
- STIGLITZ J. (2015). *El precio de la desigualdad*. eBook: Debolsillo.
- VELA C. (2018). *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*. Madrid: Traficantes de sueños.

### Tesis

- GARCIA FERNANDEZ Gonzalo (2019). *Historia, educación y formación ciudadana, 1980-2017. Un estudio comparado en escuelas públicas de Alcalá de Henares (España) y Viña del Mar (Chile)* (Tesis doctoral). España: Universidad de Alcalá.